

ESTUDIO

acerca de la

POESIA DESCRIPTIVA,

leído en una de las sesiones de la sección literaria de la Sociedad
"Sanchez Oropesa."



SEÑORES:

EL desaliñado escrito á que voy á dar lectura es una nueva prueba de mi buena voluntad en cumplir con las reglas que para nuestro común aprovechamiento hemos establecido, y de mi empeño en mantener vivo el entusiasmo con que esta Academia dió principio á sus trabajos, procurando, en cuanto esté de mi parte, que por ningún motivo dejemos de presentar un estudio original cuando nos toque en turno. El mío fue señalado para el mes entrante; pero habiéndose puesto después mi nombre entre los de los socios á quienes correspondía hablar en esta noche, he preferido escribir con alguna precipitación, á faltar

á las reglas establecidas. Mi trabajo tiene que ser, por esta causa, incompleto, y tal vez, por falta de tiempo, no pueda concluirlo, teniendo que dejarlo en suspenso para terminarlo en otra ocasión.

He elegido para materia de este estudio un asunto que he apuntado en otra vez; tanto porque me ha parecido interesante en sí mismo y digno de ocupar vuestra atención, como porque puede servir de preliminar á otros estudios posteriores, igualmente interesantes. Trato de investigar ahora cuál es el origen de la poesía puramente descriptiva, y seguir su desarrollo á través de los tiempos, porque es curioso y sobremanera instructivo, ver cómo se despertó entre los antiguos lo que podemos llamar el sentimiento de la bella naturaleza, qué obstáculos se opusieron á su completo desenvolvimiento, y hasta qué punto es cierta la opinión que atribuye á la influencia del Cristianismo el nacimiento de un afecto del alma que tan vivamente se ha manifestado en la literatura moderna. Si no me engaño, este fenómeno fué observado por algunos literatos del pasado siglo, pero no ha sido suficientemente comprendido sino hasta el presente, merced á la tendencia profundamente filosófica que determina un progreso visible en la crítica literaria.

En la literatura, señores, acontece lo que se verifica en casi todos los ramos de los conocimientos humanos. Toda materia es fácil si se ha de estudiar superficialmente, y es harto difícil si nos detenemos á profundizarla como se debe. Esto me ha acontecido con el asunto de que voy á hablaros.

Si abrimos los cursos elementales de literatura, y aun algunas obras que contienen algo más que los conocimientos comunes, encontraremos que apenas si en aquellos ó éstas se hace mención del género descriptivo, el cual, según algunos literatos, no tiene carácter propio, y es como un accesorio del género descriptivo, el cual, según algunos literatos, no tiene carácter propio, y es como un accesorio del género didáctico. Marmontel es de esta opinión y sus palabras son tan significativas por el desdén que muestra hacia este género de poesía que no puedo dejar de copiarlas. "La poesía descriptiva, dice, no fué conocida de los antiguos, y es una invención moderna que no aprueban, á mi juicio, ni la razón ni el gusto." ¡Cuánto distan estas frías palabras de las profundas observaciones de los críticos modernos! ¡Cuánto ha adelantado en poco más de medio siglo la crítica literaria!

La opinión de Marmontel descansa en un

concepto erróneo, en una noción falsa del género descriptivo. Supone este crítico que el poeta describe sólo por el placer de describir; y esto no es cierto. La poesía descriptiva se llama así porque tiene por objeto expresar las impresiones que en nuestro ánimo causa la contemplación de la bella naturaleza, establece relaciones entre los fenómenos del mundo físico y los afectos del mundo moral, penetra en lo más íntimo del alma, despertando en ella sentimientos de admiración y asombro, unas veces, de entusiasmo y arrobamiento otras, y más frecuentemente de suave y dulce melancolía.

Marmontel se imaginó ver en la mente del poeta un espejo que no hacía mas que reflejar fielmente el paisaje exterior, y esto no es exacto.

Si el carácter de este género de poesía es principalmente objetivo, tiene también mucho de subjetivo, porque el hombre, por un privilegio de su naturaleza, que constituye su grandeza ó su miseria, todo lo llena, refiriéndolo todo á sí mismo. La naturaleza sin el hombre sería un templo vacío en cuyo ámbito silencioso se perderían, sin encontrar eco los más dulces cánticos y las más suaves melodías.

Así es que, desdeñando por inútiles todas

las reglas que pudiéramos tomar de algunos críticos acerca de un género literario cuyos caracteres esenciales creo que no han sido bien estudiados, sino hasta nuestros días, me limitaré á decir, que, á mi juicio, todas ellas pueden reducirse á una sola, á saber: es necesario que el poeta ó el escritor que trata de pintar la incomparable hermosura del mundo visible, siempre antigua y siempre nueva, tenga un sentimiento vivo y profundo de la belleza de la madre naturaleza; es preciso que las disposiciones particulares de su espíritu le lleven sin esfuerzo á la profunda contemplación de las bellezas naturales; que sepa descubrir y revelar á sus lectores esas relaciones misteriosas que existen entre los fenómenos del mundo visible y las vagas aspiraciones de un alma inmortal.

Se necesita, pues, una cierta disposición particular del espíritu; y quizá por este motivo, este género de poesía ha sido cultivada con mayor éxito después del advenimiento del Cristianismo, y ha venido recibiendo mayor desenvolvimiento en la literatura moderna. Las ideas puramente metafísicas de Dios, del hombre y del mundo las nociones morales acerca de nuestros destinos y de nuestros deberes, han debido ejercer una grande influencia en las produccio-

nes puramente literarias, y de este modo las concepciones de la razón han venido á influir en las obras de pura imaginación.

Y si no, ved lo que pasó en Grecia. Si hubo un pueblo especialmente dotado para sentir y cantar las bellezas del mundo sensible, fué sin duda éste, que por la situación topográfica de la comarca que habitaba, gozaba del doble paisaje de la tierra firme y del elemento líquido. Nada le hacía falta para despertar y avivar en él tan poético sentimiento; ni las pintorescas montañas, ni los juguetones ríos, ni un cielo siempre puro, ni las riberas adornadas de graciosos arbustos y de hermosas flores, ni un sol radiante, ni las azuladas aguas del Mediterraneo, el más hermoso de los mares, agitándose con vario movimiento y brillando con sus divinos reflejos. Tampoco le faltaba el sentimiento artístico, llevado por él á su mayor perfección, en la representación de la forma humana y en las demás manifestaciones de la concepción estética.

Y sin embargo, señores, poco nos queda en este género de un pueblo tan admirable. "Si se recuerda, dice Schiller, en sus reflexiones sobre la poesía sencilla y sentimental, la bella naturaleza que rodea la Grecia si se piensa en la libre intimidad en que el hombre vivía con ella, bajo un cielo tan

puro, como entre estos pueblos el arte, los sentimientos, las costumbres estaban en tan íntimo contacto con la naturaleza, y se tiene presente de qué finas expresiones estaba dotada su poesía; debe uno admirarse de encontrar entre los griegos tan poco de ese desinterés del corazón, por el cual nosotros los modernos permanecemos como suspensos ante las escenas naturales."

"Los griegos llevaron á un alto grado de perfección la fidelidad y exactitud en la pintura del paisaje, entraron en numerosos pormenores, pero sin que su alma tomase en ello mas interés que el que tendría en la descripción de un vestido, de un arma ó de un escudo. Parece que en esta clase de descripciones tenía más parte su inteligencia que el sentimiento moral; nunca se unieron á la naturaleza con aquella simpática y dulce melancolía que caracteriza á los modernos."

No debemos por esto asegurar que los antiguos, y con especialidad los griegos, hayan sido insensibles á las gratas emociones que despierta en el alma el espectáculo del mundo material; pero en ellos el sentimiento de la naturaleza iba unido á la pintura de las pasiones y á las leyendas fabulosas. El arte griego se agitaba todo entero en el círculo de la humanidad: los dioses

tenían pasiones como los hombres, y las fuerzas de la naturaleza se hallaban personificadas bajo la forma humana.

Citaré, no obstante, algunos pasajes aislados para demostrar que los griegos, y después de ellos, los romanos, no carecían de facultad descriptiva. Estas citas nos servirán de punto de comparación al estudiar después la literatura cristiana y la literatura moderna.

La poesía de Hesiodo tiene, por decirlo así un carácter sacerdotal y sagrado. El poeta en la infancia de la civilización es el maestro, el sacerdote de la humanidad. El destino de la poesía en los tiempos primitivos no es puramente deleitar, como en los tiempos modernos, en los cuales, cuando más, obrando sobre sentimientos universalmente aceptados, los anima y vivifica, sino que en esa su primera época la poesía verdaderamente creadora. Por eso su primitiva forma ha sido religiosa.

Pero sea de esto lo que fuere, es cierto que Hesiodo en su conocido poema "Los trabajos y los días," si bien se distingue por su exquisita y noble sencillez, se aparta poco de la sequedad del género didáctico, no levantándose á una inspiración más alta sino cuando lamenta las miserias de la huma-

nidad en algunos de sus más notables episodios.

En Homero encontramos algunas preciosas descripciones de las bellezas naturales; pero estas ocupan un lugar secundario en un poema épico. Sin embargo, en esto, como en todo, sobresale el genio divino del cantor de Ilión, quien parece referirse á sus impresiones personales cuando dice: "el poeta se complace en la calma de la noche, en la pureza del aire, en el fulgor de las estrellas que brillan bajo la bóveda celeste. Escucha de léjos el ruido del torrente que se hincha, y precipitándose, arrastra en su negro limbo, las destrozadas encinas."

En el Edipo de Sófocles, la obra más perfecta de la dramática antigua, en la cual tienen tan amplio desarrollo las pasiones, y el dolor sube á tan alto grado, el poeta, como por un notable contraste entre las agitaciones de Edipo y la calma de la naturaleza, hace que el coro cante, cuando el desgraciado rey de Tebas se dirige al bosque de las Euménides "recordando la mansión tranquila y deliciosa de Colona, los verdes arbustos que el ruiseñor se complace en visitar, y que se estremecen al sonido de su voz clara y melodiosa, la obscuridad producida por el follaje entre el cual se enlaza la yedra, los narcisos humedecidos por el ro-

cío celeste, el dorado azafrán, y el olivo indestructible que sin cesar se reproduce.» Algunos han creído descubrir en estos versos de Sófocles el deseo de inmortalizar la ciudad de Colona, que fué su cuna; pero sea ó no cierta esta opinión, lo que no puede negarse es que estas palabras revelan un instinto delicado de la belleza artística al colocar la gran figura del rey errante y perseguido cerca de las rápidas aguas del Cephiso, rodeado de imágenes serenas. El reposo y la quietud de la naturaleza añaden algo al dolor que causa la presencia de este anciano ciego, constantemente agitado por el recuerdo de sus desgracias, perseguido por la implacable fatalidad, sin más amparo que la compañía de su hija Antigone, uno de los más hermosos tipos de la piedad filial.

En la literatura latina tenemos, particularmente en Virgilio, pasajes hermosísimos de la misma clase. La poesía pastoril, cultivada por los griegos, y después por los latinos, se prestaba más que otra alguna, á este género de descripciones. Anacreonte trazó algunos breves cuadros de los espectáculos campestres, y todos recordamos aquellas imágenes llenas de suave melancolía que se encuentran en Virgilio, sobre todo en las *Geórgicas*, poema didáctico, y

en sus *Eglogas*. ¿Quién no recuerda las columnas de humo que se elevan de las cabañas, las sombras de los montes que van creciendo cuando el sol declina, hasta confundirse con la penumbra del crepúsculo, la luna que derrama su triste claridad sobre los campos solitarios?

No sólo en la poesía sino también en otro género de escritos se encuentran imágenes de esta especie. La contemplación de la naturaleza es de lo más apropiado para calmar las agitaciones de alma, y al mismo tiempo se aviene perfectamente con esa labor interior del pensamiento, que constituye el mayor encanto de los trabajos del espíritu cuando está gobernado por una razón serena. Platón y Cicerón nos proporcionan un ejemplo de esta verdad. El primero, entregado á sus altas meditaciones, consagrado á ese culto de la inteligencia que constituye en él, como una religión cuando en aquel lenguaje que le valió el sobrenombre de divino, habla en su *Phedon* de la inmortalidad del alma, cuando analiza la idea de justicia y traza los fundamentos de su República imaginaria, no puede dejar de expresar en breves rasgos lo que su alma siente en presencia de la hermosa naturaleza, y nos pinta, aunque en breves palabras "la sombra espesa del elevado plátano, el per-

fume que exhala el *agnus castus* en flor, la brisa que nos refresca en el verano, y el triste canto de las cigarras."

El segundo, actor y víctima de las terribles y recias borrascas que turbaron su vida y ensangrentaron la República Romana, encuentra algún consuelo en su casa de campo, yendo unas veces á Tusculum y otras á Arpinium. "No hay cosa tan agradable para mí, escribe á su amigo Atico, como esta soledad; nada más gracioso que esta casa de campo, la ribera cercana y la vista del mar." Y en otra ocasión: "Nadie aquí me importa cuando voy á ocultarme desde por la mañana á un bosque espeso y salvaje, y no salgo de él sino hasta que ha caído la tarde. Después de mi caro Atico, nada me es tan querido como esta soledad aquí sólo converso con las letras, empero mis estudios son frecuentemente interrumpidos por mis lágrimas. En cuanto me es posible, lucho con mi dolor, pero este combate es muchas veces, superior á mis fuerzas."

Haría interminable este discurso si hubiese de copiar en él otros muchos pasajes de la literatura antigua que vendrían á confirmar la tesis que he establecido. No, nunca el sentimiento profundo y vivo de la naturaleza ha dejado de ejercer su influencia

en el ánimo de los hombres, pero en los antiguos, la manifestación de este sentimiento es como el grito aislado y perdido de un alma demasiado llena de los acontecimientos exteriores, como el esfuerzo de una imaginación encerrada dentro de las estrechas formas poéticas á que la condenaba la noción errónea del mundo y de la naturaleza divina, ó bien, preocupada en su lucha constante con los elementos y con los hombres.

Tito Livio, por ejemplo, el más poético y el más pintoresco de los historiadores antiguos, el que con incomparable maestría ha trazado los más hermosos y los más vivos cuadros de las escenas en que el hombre ha tenido que luchar con sus semejantes, en su famosa descripción del paso de los Alpes por Aníbal, tan justamente alabada, nos pinta con mano maestra los esfuerzos extraordinarios y sorprendentes de la lucha del hombre con la naturaleza, los obstáculos casi insuperables que aquellas enormes peñas oponían al paso de los ejércitos, el cansancio y los peligros del soldado, el indomable valor de los guerreros, pero no se detiene ni un momento á describirnos aquella naturaleza que tanto debió llamar la atención de hombres nacidos bajo el cielo abrazador del Africa. Es una observación digna de llamar nuestra atención que los romanos

no nos hayan dejado ninguna descripción del hermoso país de Helvecia. Las cimas nevadas de los Alpes, los ventisqueros, los aludes, aquellos bosques de oscuros pinos aquellos lagos deliciosos, aquella variedad de paisajes, ahora risueños y placenteros, ahora severos é imponentes, todo esto que tanto ha ocupado á los modernos hasta darle el nombre de un mundo aparte —el mundo de los Alpes—pasó inadvertido para ellos.

No sé si estaré equivocado; pero cuando recuerdo cuán felices fueron los antiguos en describir escenas de otra naturaleza, cuando traigo á mi memoria la descripción de la peste de Atenas en Tucídides, la muerte de los ganados en las Geórgicas; cuando leo tantas descripciones de batallas y de combates, me parece que su alma se derramaba, por decirlo así, en las escenas de la vida exterior, y que la parte más preciosa de nuestro sér tenía poco mérito á sus ojos, que les faltaba algo de ese sentimiento íntimo y reflexivo que, á mi modo de ver, en la literatura moderna es el resultado de la noción más clara acerca del hombre y su destino, que debemos al Cristianismo.

Fuese, como dice un crítico, la tendencia nueva del espíritu cristiano á admirar la grandeza y providencia del Creador, glori-

ficándole en sus obras; fuese la inclinación á la tristeza que domina al hombre cuando le ha tocado vivir en una de esas épocas de violentas transiciones en que una civilización muere para que nazca una nueva civilización; fuese la ausencia de todos los otros placeres vedados por el espíritu ascético obrando con enérgico poder sobre el espíritu sensual del paganismo expirante; fuese la necesidad de vivir una vida, por decirlo así, espiritual que se dividía entre las meditaciones del espíritu y las mortificaciones de la carne: cualquiera que fuese de estas causas, ó todas ellas á la vez, es lo cierto que la naturaleza se presentó á los hombres después del advenimiento del Cristianismo, y desde los primeros tiempos en que éste comenzó á ejercer su imperio sobre las almas, como una cosa soberanamente hermosa, antes no admirada ni comprendida. Los más hermosos cuadros de la poesía descriptiva en aquella época, se encuentran en las obras de los Padres de la Iglesia.

Minucio Félix, abogado romano, que floreció á mediados del 2º siglo, nos ha dejado uno de los más hermosos monumentos de las antigüedades cristianas en su opúsculo intitulado "Octavio". Es un diálogo, ó mejor dicho, una discusión filosófica entre el autor, recientemente convertido al Cristia-

nismo y entusiasta defensor de las nuevas creencias, y su amigo Octavio, imbuido todavía en los errores del paganismo. Es un espectáculo encantador por su sencillez y originalidad el de estos dos personajes tiernamente queridos y cuya amistad no ha sido parte á entibiar la diversidad de creencias, comunicándose sus ideas en un lugar pintoresco, tapizado de blancas arenas y refrescado por una suave brisa á orillas del Tíber.

Minucio Félix habla con entusiasmo de la Providencia, del Dios Creador y Conservador de todas las cosas, describe con graciosa sencillez los espectáculos y las admirables armonías del universo, de una manera tan poética y tan verdadera, que no hay en la literatura pagana nada que se le pueda comparar, en este género. Sus palabras son una exposición llena de sobriedad y de nobleza, de lo que en las escuelas se ha llamado pruebas en el orden físico, de la existencia de Dios.

San Basilio, nacido en Cesarea, por el año de 329 de nuestra era, renunciando á la edad de treinta años, á la vida tranquila que gozaba en Atenas, visitó las Tebaidas de la Siria y del Egipto Meridional, y se retiró á un desierto á las orillas del Iris, en Armenia. Lamentando la muerte de un hermano

suyo, á quien había amado tiernamente, escribía desde ese lugar: "Creo, en fin, haber encontrado el término de mi errante carrera. Renunciando con trabajo á la esperanza de vernos reunidos, ó mejor diré, á mis engañosos sueños, porque la esperanza no es más que el sueño de un hombre despierto, he venido á este lugar en busca de la vida que me conviene. Dios me ha proporcionado un sitio conforme á mis deseos. Cuanto podemos representarnos en nuestra loca imaginación, en nuestros juegos infantiles, he podido hallarlo en la realidad. Una elevada montaña rodeada de un bosque espeso y regado hacia el Norte por frescas y límpidas aguas. A sus pies se extiende una llanura suavemente inclinada, fecundada por los húmedos vapores que se exhalan de las alturas. La selva que en su libre desarrollo rodea la montaña y donde se agrupan árboles de formas y especies diferentes parece levantar en su derredor un muro inexpugable....

..... Mi soledad se halla limitada por dos barrancos profundos. Por un lado el río que se precipita desde la cumbre, opone una barrera difícil de romper; por el otro una larga cadena de montañas cierra la entrada. La habitación está situada sobre la cresta de una colina, de manera que puede domi-

narse toda la extensión del llano, y contemplar, desde lo alto, la caída y el curso del Iris, para mí, más agradable que el Strymon para los habitantes de Amphipolis.

Este río, el más rápido, que yo haya visto se estrella contra una roca vecina y se precipita estrepitosamente en un abismo...

..... Debo, además, describirte los vapores que se levantan de la tierra y las brisas que ascienden del fondo de las aguas. Que otro admire la hermosura y abundancia de las flores ó el canto de las aves; yo no encuentro placer en aplicar mi espíritu á estos objetos. Lo que me encanta es la tranquilidad de la comarca; no es visitada sino por algunos cazadores, porque mi desierto cria ciervos y rebaños de cabras salvajes; pero no vuestros osos ni vuestros leones, ¿cómo he de querer cambiar este lugar por ningún otro?" Alcmeon se detuvo, cuando encontró las islas Echínades."

A pesar de la indiferencia que muestra San Basilio, dice un crítico, hacia algunos de los adornos de su morada, se descubren en esta sencilla pintura del paisaje, sentimientos más en armonía con los sentimientos modernos. Desde lo alto de la solitaria cabaña donde San Basilio se ha refugiado, su mirada domina la húmeda bóveda formada por los bosques. Ha encontrado, en fin,

el lugar del reposo, por el cual, él y su amigo Gregorio de Nacianzo han suspirado tanto tiempo.

Electo Obispo de Cesarea se consagró al cumplimiento de las obligaciones de su ministerio, presentándonos, en unión de San Gregorio de Nacianzo, uno de los primeros modelos de esa docta y piadosa elocuencia consagrada á la enseñanza regular del pueblo. Escribió entonces sus Homilias que llevan el nombre de Hexameron. La Obra de los seis días, destinadas á instruir á los fieles, pobres habitantes de Cesarea, elevando su corazón y su mente hacia Dios por la contemplación de la naturaleza y explicándoles las maravillas de la creación por una serie de discursos, en que la ciencia del orador formado en Atenas se oculta como dice un crítico, bajo una sencillez persuasiva y popular.

Como es fácil suponer, en todos estos discursos hay cuadros preciosísimos que representan las hermosuras de la naturaleza, embellecidos con reflexiones morales. La contemplación de la bella naturaleza es, según el orador, una feliz disposición para amar á Dios y seguir el camino de la virtud. "Si alguna vez, dice á sus oyentes, en la serenidad de la noche, dirigiendo vuestras miradas hacia el cielo, y contemplan-

do la suprema hermosura de los astros habéis pensado en la grandeza del Creador de todas las cosas; si os habéis preguntado quién es el que ha sembrado el cielo de tales flores; si alguna vez durante el día habéis estudiado las maravillas de la luz, y si os habéis elevado, de las cosas visibles á las invisibles; entónces sois oyentes bien dispuestos y podéis tomar asiento en este magnífico anfiteatro: venid. Lo mismo que tomando por la mano á los que llegan por primera vez á una ciudad desconocida se les lleva á recorrerla, así yo voy á conducirlos, como á extranjeros, á través de las maravillas de esta gran ciudad del Universo."

Todas estas descripciones vienen animadas por el sentimiento religioso, objeto principal, casi exclusivo de los oradores cristianos, pero con un tinte tal de melancolía que no puedo dejar de copiar algunas de ellas. San Gregorio de Niza dice en alguna parte: "Si veo las crestas de las montañas, los valles, los llanos cubiertos de naciente yerba; si contemplo el rico atavío de los árboles, y á mis piés el lirio, al cual la naturaleza ha dado perfumes y colores brillantes; si á lo lejos percibo el mar en el que se pierden mis miradas atraídas por las nubes que flotan en el cielo, una dulce tristeza se apodera de mi alma. Los frutos desaparecen en

el otoño, las hojas caen, las ramas de los árboles se tronchan, y nosotros mismos, vencidos por una profunda tristeza, al ver estas eternas y regulares transformaciones, nos unimos á las fuerzas misteriosas de la naturaleza. Todo el que contemple este espectáculo con los ojos del alma, siente la pequeñez del hombre y la grandeza del Universo.

¿Dónde, puedo preguntar ahora, dónde se encuentran en la antigüedad clásica sentimientos más vivamente expresados de las bellezas de la naturaleza, y animados de esa tierna melancolía que despierta en el hombre la consideración de su debilidad y pequeñez, de la brevedad de su existencia, de la vanidad de todas las cosas y de la grandeza y de las excelencias del Creador?

Tales sentimientos, origen de la poesía descriptiva moderna, abundan en los escritores religiosos de los primeros siglos, y entre estos descuella San Juan Crisóstomo, el más elocuente de los Padres de la Iglesia. Antes de ser Obispo de Constantinopla, vivió en una ermita cercana á la ciudad de Antioquía. "Ves, exclamaba lleno de entusiasmo, y con un sentimiento cercano al desprecio por las obras de los hombres, ves un magnífico monumento y te sientes encantado á la vista de una hermosa columnata,

pues vuelve luego tus miradas hacia la bóveda de los cielos, á los espaciosos campos, donde los ganados pacen á las orillas del mar. ¿Quién no despreciará todas las obras del arte, cuando en la calma de su corazón admira, al levantarse, el sol que derrama sobre la tierra sus luminosos y dorados rayos, cuando á orillas de un riachuelo, oculto bajo espesas yerbas ó á la sombra de copados árboles, dirige sus miradas como una ola que se pierde en la obscuridad." En su retiro, San Juan Crisóstomo, fortificó su espíritu con la contemplación del mundo sensible y enriqueció su imaginación, con esos vivos colores que le sirvieron después para pintar sus admirables cuadros. Parecía, dice un escritor, que la elocuencia empapada en el manantial de la naturaleza había vuelto á hallar su elemento, la libertad, en aquella comarca montañosa y rodeada de bosques, de la Syria y del Asia Menor. (*)

Así nació, señores, de la idea cristiana este nuevo género de poesía. La noción del mundo fué más perfecta, tomó proporciones que antes no había tenido, las fuerzas natu-

(*) Villemaine.—Cuadro de la Elocuencia Cristiana en el Siglo IV.—Véase á Humboldt en el *Cosmos*. Del sentimiento de la Naturaleza según la diferencia de las razas y de los tiempos.

rales dejaron de ser personificadas bajo formas que, si bien poéticas, eran ficticias y que sólo podían tener una significación local, para convertirse en lo que son en realidad, verdaderas manifestaciones de la Omnipotencia Divina; el mundo visible dejó de ser el teatro de los placeres afeminados de unos dioses corrompidos, para convertirse en el templo augusto de la Divinidad, y si por acaso admitimos con algunos críticos modernos que bajo las formas simbólicas de la mitología se ocultaba un conocimiento real de las leyes del mundo físico, aun así, podríamos decir que la naturaleza dejó de hablar á los hombres bajo símbolos y figuras extrañas, para tomar el lenguaje que conviene á su serena majestad. Así una revolución verificada en las ideas, vino á modificar los sentimientos, y las concepciones puramente metafísicas, influyendo poderosamente en las nuevas creaciones de la imaginación.

¿Pero cuáles son los senderos que después ha seguido la poesía descriptiva? ¿Ha perdido ó conserva todavía su carácter primitivo? ¿No ha experimentado nuevos cambios en el transcurso de los tiempos, al influjo de nuevas ideas?

Cuestiones son estas que me propongo estudiar en otra ocasión, suspendiendo aquí

este imperfecto trabajo, que como anuncié desde el principio, por la brevedad del tiempo y la extensión de la materia, no menos que por la cortedad de mis luces, nunca pudiera ser completo. Además, siempre hubiera sido conveniente suspenderle en este punto para no abusar de vuestra benévola atención.

Orizaba, Abril de 1881.



DISCURSO

pronunciado

EN EL TEATRO LLAVE.

el 2 de Julio de 1882 con motivo de la Solemne

Distribución de Premios

entre los

expositores que concurrieron al Primer Certamen Veracruzano.